







EL CISNE,

PERIODICO SEMANAL

de literatura, historia, moral, costumbres, artes, modas y conocimientos útiles.

Sale todos los jueves. Se suscribe á 4 reales cada mes para Valencia, 5 para los pueblos de la provincia, y 6 para fuera de ella, franco de porte. Puntos de suscripcion; imprenta á cargo de Lluch, plaza del Embajador Vich, y en la de D. Muriano Cabrerizo, calle de San Vicente.

LA RELIGION CONSIDERADA

COMO PARTE DE LA LITERATURA.

Donde se encuentra mucha soledad y mucho misterio, segun la idea de Chateaubriand, se halla mucha belleza. El aspecto sombrío de un templo en las horas de silencio y de escasa claridad imprime en el alma ciertas sensaciones, cuyo carácter es dado conocer únicamente á los hombres de imaginacion y de fibra delicada; igual impresion se recibe en el fondo de un bosque espeso, al sonido de una gran catarata y á la luz de la luna entre los sepulcros de un cementerio. Ora se considere á la divinidad grande, poderosa y terrible como su misma voz sobre el monte Sinai, ora sobre el ara misteriosa de los mártires del cristianismo, y ora en fin levantando el sol con una mano sobre las olas del Océano y con la otra tienda sobre el mundo la negra cortina de la noche, siempre inspirará su omnipotencia, su magestad y su nombre. Homero, David, Virgilio, Milton y el mismo cantor de los mártires han dedicado sus mejores pensamientos al Eterno. Jove tronando sobre el campo ensangrentado de Ajax, el Cristo augurando por bo-

ca de sus escogidos la suerte futura de la gran raza humana, el Eterno condenando á la primera muger al dolor, y al primer hombre á la amargura de la pobreza y del trabajo, y el Dios del Evangelio haciendo brillar en el cielo una corona victoriosa de esperanza y de vida sobre las cabezas de los primeros mártires, han inspirado á los poetas rasgos sublimes, espirituales, rasgos de creacion. Pues qué del toque de la campana repetida en diferentes vibraciones por las llaves del Underwald, ó en la cima del Moncenir, las planchas del metal suspendidas de un cedro en las cumbres del Libano, cuando los ventisqueros llenan en un punto de nieve y de soledad el pais suizo y el pais judaico, no inspiran tantos pensamientos como la armonia de la lira en los juegos olímpicos á los discípulos de Pindaro y de Safo? ¿No es bella la religion bajo el pórtico de un monasterio nestoriano en las soledades del Egipto, y los dombos y arcos ojivos de los conventos de la edad media en varios paises de Europa? Misterioso es el sonido de un órgano, y el suspiro de la oracion, y la bendicion del sacerdote, y la alocucion del misionero dirigida á un pueblo prosternado. Misteriosa es la luz de una capilla cuando el viento

inclina cerca de ella las cabezas verdinegras de los cipreses del contiguo cementerio; misterioso es escuchar el reloj del templo inmediato, cuando á media noche se vela junto á un enfermo en las horas en que el dolor dé treguas: misteriosa es la campana, que anuncia de un modo lúgubre el último suspiro de un hombre que ha cesado de existir; y misteriosa es la cruz que marca el sitio donde un hombre mató á otro hombre. En todo esto hay belleza, hay poesía, porque hay misterio; puede haber creacion: y raro será el pensamiento, que bien manejado, deje de vibrar en el corazon de los lectores, porque la simpatía no puede dejar de tener un toque sorprendente. La soledad, prescindiendo del consejo de Ovidio, y de que es el templo de la filosofía, presta al alma aquella atencion que crea, aquella atencion que forma armonía, y que produce tal vez pensamientos imposibles de copiar en un verso ó en una cláusula. La esperanza, el amor, los recuerdos y el porvenir acompañan entonces al poeta, y en silencio dictan ideas nuevas, sublimes, dignas del genio. Solo el remordimiento no puede estar solo. ¿A quién no ha sucedido concebir grandes pensamientos, cuando reclinado sobre la alfombra entapizada de un bosque ha sentido de súbito bullir en la mente un recuerdo de amor perdido, de unos dias de otra edad; y si el cielo que le cubre no es el de su patria, quién no ha derramado una lágrima solitaria ya dulce ya desesperada, segun que la esperanza de regresar á su hogar está mas ó menos remota? La religion ofrece á la poesía monumentos solitarios, objetos aislados, que aprovechados con oportunidad, formarán una descripcion sentimental, bella, eterna. Un ataúd, un paño mortuorio, un crucifijo en la capilla de un reo, un templo en un desierto, un osario, el panteon antiguo de grandes personajes, una iglesia en las horas mas profundas de la noche, y sobre todo la imagen de Dios inclinada sobre la vasta superficie del mar que ruge envuelto en las densas sombras de la noche y sobre el mundo dormido y sobre el hombre que en el sueño descansa, son objetos

dignos de la poesía. El que no sienta á vista de ellos, el que no se eleve piadoso á su contemplacion, no podrá crear las grandes ideas que la religion ofrece en el misterio y en la soledad.

V. Boix.

PENSAMIENTOS. (1).

LAS RUINAS.

INTRODUCCION.

Las ruinas son un libro de llanto para el alma pensadora; cada polvo es una década de meditaciones; cada flor perfuma el aire de recuerdos; cada rayo de luna que se desliza entre arcos cortados y estatuas mutiladas es un sueño de la muerte. El aire de las ruinas, al besar la frente pálida del hombre filósofo, trae á su mente pensamientos de ayer, esperanzas para mañana, dolores y dudas para hoy, y tras estos dias unas noches muy solitarias, unas horas muy lentas, un porvenir muy opaco. Las ruinas, segun el clima, la estacion y período del dia adquieren un tinte mas ó menos sombrío, mas ó menos dignas de la contemplacion de un alma de sufrimiento, de delirio, de vida y de tristeza. La última luz de una tarde de enero, cuando, cansado el pueblo vuelve á buscar el reposo de sus tugurios y la naturaleza muda y helada reclina su omnipotente cabeza entre los hielos de Thule, y los vestigueros del Cáucaso ó de los Andes, sin proyectar sobre el desierto un pórtico, ni un pedestal, se derrama aplomada y sin colorido sobre la tierra. Las piedras del color del tiempo, segun la expresion de Chateaubriand, yacen amontonadas; sin que á su alrededor corra una sombra, y ledó el aire no forma un solo suspiro en un tallo, ni una flor, mecida únicamente por el choque de un reptil ó el contacto de las alas de una leve mariposa. De cuando en cuando el ge-

(1) *Bajo este epigrafe publicaremos sucesivamente otros pensamientos del mismo autor, con el mismo estilo, la misma melancolía y aquel carácter de susceptibilidad que se nota en los pocos escritos que hemos leído debidos, como él dice, á sus raptos de mal humor.*

nio gigante del desierto respira en la soledad y el aire entonces agitado llega casi imperceptible á las ruinas y al filtrarse por las grietas produce un lánguido gemido, inclina algunos arbustos y este movimiento misterioso es mas triste que la calma funeraria y helada de aquel suelo. Algunas veces rueda una piedra deslizándose por las desmoronadas fachadas de granito, y exhala tonos y semitonos, que se pierden en su última vibracion en el fondo de algun templete. El cielo de color de ceniza deja caer algunas gotas de agua-nieve, que tienen armonía, y el alma está suspensa entre los últimos suspiros de la vida y los primeros besos de la muerte. Son horas de meditacion, pero no es dado á ningun mortal copiar lo que el alma piensa. El alma vive, siente, sufre sin padecimiento, piensa y medita y no se conoce el objeto de su contemplacion. Recibe impresiones variadas, suaves, pero no simultáneas, ni cuenta el tiempo, ni se cura de él; vé ilusiones, vé imágenes y todo es ideal. Los ojos se fijan en tal flor y en tal piedra y en su éxtasi el alma ni vé la piedra, ni vé la flor. ¿Y quién suspende aquella inaccion de su ser? Un soplo de aire trae un sonido agudo envuelto en sus pliegues; la luz es menos clara; las ruinas mas pardas; el corazón siente un violento latido, y cual evocado por el grito misterioso de una hada druida se levanta un recuerdo y su forma es colosal. Quédase inmóvil la pupila, y detiéndose una ancha lágrima en la mejilla sin caer, sin poder caer. Es preciso suspirar; es preciso mirar al cielo, y es preciso apoyarse; porque las fuerzas no bastan á sostener un cuerpo que se derrumba bajo el peso del pensamiento que gravita en aquel instante sobre la cabeza. En estos momentos de prostacion moral las ruinas han cambiado de colorido; mas lúgubres esconden en sus grietas visiones extrañas como las que vé el imprudente que ha osado mirar el Sol.

¡Ay del dia de mañana! También será triste y nebuloso y me seguirán á contar sus horas los recuerdos de ayer los mismos gritos funerales en el fondo de las ruinas. Yo deseo que el tiempo vuele, y sin em-

bargo de sus alas inmensas se destilan sobre la cabeza del hombre gota á gota la hiel de la amargura y el dolor, y la duda y la muerte. ¡Oh! bello es suspirar en medio de los escombros, ¡obra del tiempo! Las ruinas han sido mi libro... Dios bendiga al viagero que ha reclinado su cabeza entre los destrozos de Persépolis ó de Palmira ó en aquellos restos sagrados de los templos de Olimpo, ó en el dolmen escondido de los bosques drúidicos, ó en las aras profanadas de las iglesias del Libano... Que la mano del hombre perdone esos restos de los dias antiguos, y permitan al hombre de la calamidad que se siente entre ellos á meditar solitario, á derramar una lágrima solitaria y á comunicar con el polvo de los muertos las ideas sublimes que la divinidad hace nacer del fondo de las ruinas.

V. Boix.

HISTORIA NATURAL.

EL PERRO DOMESTICO.

Entre todos los diferentes caracteres de perros conocidos, ninguno mas apreciable en sociedad que el doméstico. Su carácter es digno de la observacion analítica de todo hombre pensador.

La condicion del perro doméstico es blanda, afable, sensible, generosa y constante. El placer de hacerse amar es sin duda su afecto mas dulce; sobre todo la sensibilidad; pero en la constancia y la fidelidad, escede al hombre.

No siendo nuestro objeto ocuparnos ahora de un artículo dilatado para enumerar las infinitas y apreciables cualidades del perro, y sus diferentes especies, nos concretaremos á referir un caso consignado en una causa criminal, ocurrido en un pueblo situado cerca del Támesis, cuyo nombre no recordamos, para que se comprenda el recomendable instinto y talentos del perro.

En un periódico inglés se leía, que cierto comerciante de mediana fortuna en Lóndres tuvo que pasar á un pueblo de la parte accidental del Támesis, adonde le llamaban negocios de interés. Su carácter particular no le permitió admitir

los obsequios de algunos amigos que contaba en aquel pueblo, y se dirigió á la fonda T, en donde siguió comiendo, sin embargo de haber alquilado una pequeña casa para colocar efectos en que negociaba, en cuya habitacion dormía. Llevaba consigo á todas partes un perro alano que estimaba estraordinariamente por sus bellas cualidades, y solia cerrarlo en casa en tanto que se ocupaba de sus negocios, particularmente de noche, mientras el dueño asistía á una tertulia hasta las dos, hora en que se retiraba á dormir.

Llega el comerciante una noche á su casa á la hora de costumbre; vé la puerta medio abierta; enciende luz; entra con una pistola en la mano, y vé al perro lleno de sangre tendido en el suelo, casi espirando, y toda la casa saqueada, habiéndole robado una cajita con algunas alhajas y mil monedas de oro. Desesperado, tanto por el robo como por la muerte del perro, hizo cuanto imaginó para salvar al animal, hasta que al fin dió señales de vida: llamó al instante á algunos inteligentes, y le aseguraron que el perro podía vivir, no interesándole mucho una herida de daga que tenía en el pecho, y efectivamente curó; pero sin embargo de todas las diligencias practicadas por la policía, no se consiguió descubrir al ladrón. Regresó á Lóndres el comerciante, contento por haber salvado al perro, y trascurridos tres años, pasó otra vez al mismo pueblo; pero escarmentado de la ocurrencia pasada, paró en casa de un amigo. Iba un dia por las calles y vé que de repente se arroja el perro sobre un hombre, mordiéndole y rasgándole la ropa, como si estuviera atacado de la rabia, sin que su amo con todos sus esfuerzos pudiera desasirle del hombre. Sujetóle al fin con un pañuelo, mas no se calmó la furia del animal hasta despues de una hora. Es de advertir que el perro era tan dócil con los que no le ofendian, que jamás había mordido á nadie. Admirado su amo de aquella accion, no sabía á qué atribuirla, hasta que llegó á pensar si aquel hombre desconocido sería uno de los que le robaron tres años antes. Despues de algunos dias pasa el mismo

hombre por el lado del perro, se arroja otra vez el animal sobre él, mas furioso y colérico que la primera, y lo maltrató mucho sin poder calmar la saña del perro de ningun modo. Ya entonces creyó cierto lo que había pensado sobre el ladrón; hizo detener al hombre, y dando parte á la policía de todo lo ocurrido, mandó el juez detenerle. Practicadas algunas diligencias, resultaba el preso como autor del robo. Mandó el juez que se cerrasen en una sala muchos presos, entre ellos el ladrón acusado, y entrando el comerciante y el perro, al momento se arrojó sobre el mismo hombre á quien había mordido dos veces: se repitió esta prueba hasta tres veces mas, mudando el hombre de trajes, y siempre le acometía el perro con la misma rabia, sin dañar á otro mas que á él; y pasmado el preso de la terrible acusacion de aquel animal, no pudo contenerse y exclamó: «yo soy el que le hirió porque ladraba y me acometía al tiempo de ejecutar el robo; yo soy el ladrón: castigadme.»

A pocos dias se ejecutó la sentencia de muerte en aquel desgraciado, descubriendo dos cómplices en el delito, los cuales habían salido de Inglaterra perseguidos por otros crímenes.

UNA MONJA.

EL TEMPLO.

Al pié de un altar sagrado,
Que alumbra pálida antorcha,
Orando á Dios en su templo
Gime postrada una monja.
Mil recuerdos de dolor
Rasgan sus entrañas todas,
Porque el claustro es ya su mundo,
Y ella es jóven y hermosa.
Mártir de la suerte impía
Allí está con sus congojas,
Padeciendo cuando piensa,
Moribunda cuando llora:
Porque el llanto de anargura
Que sus muertos ojos brotan,
Baña el ára del altar
Despues de bañar su toca.
Las tinieblas de la noche

Abultando van las sombras,
Y allí parece un espectro
Que entre sepulcros asoma:

Y de la luz los reflejos
Que en las columnas tremolan,
En el suelo y las paredes
Enormes gigantes forman.

Mas en la imagen de Cristo
Que alumbra apenas la antorcha,
Al través de oscuro velo
Clava su vista la monja.

Y yerta como un cadáver,
E inmóvil como una roca,
Cruzando sus manos bellas,
Así prorumpe azorosa.

«Piedad, mi Dios, si os irrita
Con mis recuerdos de amor:
En este mundo maldito,
Víctima soy de un error.»

A un hombre pérfido amé;
Sus juramentos creí....
¡Cuán funesto mi error fué!...
¡Ah, Señor! Piedad de mí.

Un ángel me parecía
De la célica región,
Y en amor, cuando le oía,
Me abrasaba el corazón.

Con acentos halagüeños
Llegó á robar mi virtud;
Y al despertar de mis sueños
Me ví junto á un ataúd.

Aun me parece que zumba
Su voz en mi oído, sí.
¡Y este claustro es ya mi tumba!...
¡Y vivo enterrada aquí!

Ante vuestro altar imploro
Perdon y piedad de vos.

¿No veis mi alma y mi lloro?
¿Quereis mas penas, gran Dios?

¿No veis que ante vos me postro
Vuestras plantas á besar,
Marchito y pálido el rostro,
Por mi llanto y mi penar?

¿No veis el velo en mi frente,
Y en mi cuerpo este sayal,
Orando como inocente,
Temiendo cual criminal?

¿No veis que ante vos me humillo,
Y temo vuestro furor?
Ni del verdugo el cuchillo
Causárame mas horror.

No á este templo me condujo

Vuestra santa religion;
Sino el crimen que produjo
Una liviana pasión.

A vos solo, Dios bendito,
Consagro mi juventud.
No nací para el delito;
Nací para la virtud.

Dadme el cielo, Dios eterno,
Y no me arrojéis de allí.
El mundo ya fué mi infierno....
¡Ah, Señor! Piedad de mí.

LA CELDA.

Desfalleció la infelice
Al peso de sus congojas,
Y al pié del altar cual muerta
La hallaron tres religiosas.

Salió del mortal letargo
Apenas pasó una hora,
Y en pobre lecho de duelo
Vióse la mísera monja.

Y abrazando á sus hermanas,
Que en torno de ella se agolpan,
Sus labios dó está la muerte
Aquestas palabras forman:

«¡Oh hermanas queridas
Que veis con sollozos
La muerte afeando
Mi pálido rostro!

Ocultadme ahora
Vuestro amargo lloro,
Y envidiad mi suerte
Al cerrar mis ojos;

Aunque nunca vean
Ese sol hermoso,
Que allá en los sepulcros
Es tinieblas todo.

No allí esta agonía
Del claustro horroroso
Sentiré en mi alma
Que pesa cual plomo.

Al ver esas rejas
Y tantos cerrojos,
Los huesos me crujen;
De pena me ahogo.

Y mi corazón
Se inunda de gozo,
Pensando que en breve
Seré inmundo polvo.

Volará mi espíritu
Del Señor al trono
De su luz gozando

Los rayos de oro.
 ¡Qué hermosa es la muerte!
 La muerte tan solo
 Me libra de un mundo
 Que aborrezco y odio.
 No llegan del claustro
 La paz y el reposo
 Al alma que sufre
 Tormentos muy hondos.
 Yo di amor de fuego
 A un ángel hermoso,
 Y en breve trocose
 En fiero demonio.
 ¡Oh hermanas! Yo muero....
 Dios es muy piadoso....
 Rogadle por mí....
 Bendiganme todos.
 A mi pobre madre
 Que en mi pecho adoro,
 Llévadle este llanto
 Que arranca á mis ojos.
 Yo fui su consuelo;
 Su dicha, su apoyo....
 ¡Me quería tanto!...
 ¡Y muero tan pronto!
 Adios, compañeras.
 Esta cruz de oro
 Dejad en mi tumba,
 Y un suspiro solo.

EL PANTEON.

Dos bellas lunas pasaron
 Cuando de una sepultura
 Salieron lúgubres ayes
 Que dolor ó muerte auguran.

Y era la jóven del templo
 Que arrastrando, moribunda,
 En su postrera agonía
 Bajó á espirar á su tumba.

Las religiosas llorando
 En torno de ella se agrupan;
 Se oye el canto funeral
 Que en las bóvedas retumba:

Luces que pálidas brillan
 Del claustro á la iglesia cruzan;
 Y la fúnebre campana,
 Muerte de una monja anuncia.

(J. M. Bonilla.)

EL MUNDO Y YO.

Yo soy un hombre indefinible, á lo
 que puedo comprender en mí mismo,

lector de mi alma; porque, ó todas las cosas del mundo están muy mal conmigo, ó yo estoy peor con ellas: de ambos modos me es igual: el resultado es, que para mí no resulta nada bueno; lo mismo saco yo del mundo, que el mundo de mí; y á decir verdad, no estoy en él mas que por pura curiosidad. Diránme algunos; pues si ese exabrupto vive así, ¿por qué no se muere? Por dos razones: la primera, porque no cuando uno quiere puede morirse; siempre se atraviesa alguna cosilla que no le permite marchar al otro barrio: y segundo, porque me da la gana de vivir. Una cosa es estar mal con todo, y otra no estar de ningun modo; y como estar bien ó mal, todo es estar, por eso estoy aquí, no teniendo por conveniente morirme en toda mi insoportable vida: pues con decir que vivo en España, me parece que harto se comprenderá lo insoportable de mi existencia. Mi aversion íntima á todas las cosas de este pícaro y asqueroso mundo (esceptuando muy pocas) excede á todo cálculo: es inconcebible, interminable. Solo Dios y yo, sabemos lo que me cuesta soportar las necedades, preocupaciones, y las infamias del prógimo; pues aun cuando muchos me respondan que tambien tienen harto trabajo con haber de sufrirme, el mio es incalculablemente mayor: por ser mas fácil y llevadero que muchos sufran á uno, que uno á muchísimos. La razon es llana, y no admite duda. Me iré explicando, y ruego á mis lectores que tengan la bondad de entenderme.

Supongan VV. que, sin saber cómo, sin decirme nadie lo que era el mundo, ni tomarse el trabajo de consultar mi libre y santa voluntad, preguntándome si queria nacer ó no, me hallo en este valle de lágrimas; y digo valle de lágrimas, porque apenas nací, lloraba como un desatinado, sin saber la causa; lloraba como si llorase por algo; lloraba, en fin, como un niño; y no se pueden atribuir aquellas lágrimas á otra cosa, sino lo mucho que habia de pesarme el haber nacido. Por de pronto, sufrí buenos remoqueques y apretones de mi

nodriza que me fajaba á puñados, y me revolvia y daba treinta vueltas como á un trago de hospital: cuando no tenía hambre, se empeñaban en que tomase el pecho alimenticio; y cuando rabiaba por tomarlo, siempre le ocurría á mi nodriza alguna faena intempestiva para hacerme llorar dos horas á gáznate tendido, sin considerar que cuanto mas lloraba, mayor dosis de hambre atacaba á mi ventriculo. Cuando no tenía sueño, se empeñaba en que durmiese; y cuando quería dormir, me aporreaban para que estuviese despierto. Asi pasé los dos primeros años de mi despótica venida al mundo entre apretones de cuerpo, cabezadas horribles, hambre; sueño y besos pestilentos de viejos y viejas que me estrujaban las mejillas haciéndome probar toda la brutalidad de sus caricias: añádase á esto, que á veces tenía calor, y me empaquetaban entre una docena de pañales, hasta faltarme un tris para ahogarme ó reventar, y otras me belaba el fabonio de diciembre, y me tenían una hora del mismo modo que mi incauta madre me parió, ya patas arriba, ya patas abajo echándome polvos. Mucho mas pudiera decir aquí sobre los sendos porrazos que daba en el duro suelo cuando me quitaron el lio de pañales y se empeñaron en que hiciera pinitos; pero Dios perdone á mis nazarenos de entonces, y voy adedante por no ser molesto.

Rodaron los dias como si tuvieran prisa de no volver: corrian los meses y los años, y despues de haber pasado mil veces la calle de la amargura en poder de unos maestros heréticos que me hacian cardenal á todas horas, aporreándome sin ley ni conciencia, empeñándose en que aprendiese algo sin enseñarme nada, y héteme ya hecho un chicuelo que quiere pensar y gozar. ¡Qué bello me parecia todo! ¡qué santas las mugeres! ¡qué puros y buenos los hombres! Veia que se hablaban con la mas armónica fraternidad; que reían tratándose con mucha franqueza, y que se daban las manos de amigos ofreciéndose en todo unos á otros, como si jamás hubiera

de dividirlos la envidia, el interés, ni la ambicion. Cuando me enseñaban una pintura, me decia á mí mismo: yo seré pintor, y me celebrarán: si leía una comedia, yo tambien seré poeta, y me aplaudirán: si notaba que algunos se descubrían al pasar un juez por su lado, pensaba yo que llegaría á serlo, y me respetarian. Asi meditaba, triste de mí, sobre todas las cosas, creyendo que al llegar á ser hombre del mundo, todo lo hallaría hermoso y bueno. Este es el primer sueño del que nace con un buen corazon; el primer sueño del hombre despierto; el primer sueño de la vida: todos sueñan así, con la diferencia de que unos despiertan mas tarde ó mas temprano, segun su modo de comprender las cosas, y sus diferentes posiciones para estudiarlas, y mas ó menos desgraciados segun su suerte. Yo desperté á puros mojicones, y aun así me costó mucho salir de mi primer sueño, porque jamás podia acabar de convencerme de que los hombres fuesen lo que son. Presentome en el mundo echándola de poeta; organizo una tragedia á puñados; sueña la flauta por casualidad, sopla, la aprueban mis amigos, la arrojo á la escena, y me la aplauden. ¡O felicidad poética!!! Como yo no era rico, dije para mí; á mas de mi carrera ya tengo otro *modus vivendi*: reduciré mi tragedia á moneda: voy á vendérsela á un impresor, y no encuentro quien me dé un cuarto por ella: primer tropiezo para despertar de mi sueño. Iba yo por esas calles del diabló con mi tragedia bajo del brazo, tan aferrado á ella como si fuera un gran tesoro, buscando algun sardanápalo impresor que me la comprase, y bebiendo todavia los miasmas de la gloria: me habian aplaudido. Al cabo de tres dias de andar mas que un telégrafo, ya nadie se acordaba de mí ni de mi tragedia, ni de sus aplausos: esto me chafó el alma atrozmente, y entonces toqué por primera vez que el mundo era una *mentira*; pero luego conocí que todas las glorias y pesares de la vida, apenas duran tres dias en su efervescencia. Pasaron los aplausos y el entusiasmo

del público hácia mi obra, 'y el sentimiento que me causó su desprecio por parte de los impresores. ¡Trataba yo de reducir á moneda mis dramas! Habría elegido una carrera á propósito para morir de hambre. Desengaño saludable para conocer cuán material y asqueroso es el mundo. En España no se compran, ni se venden, ni se leen dramas, ni otras obras literarias, á no ser novelas que producirían mayores bienes á la sociedad quemándolas: por eso estamos á oscuras respecto de luces; de modo, que cuando se trata de las luces del siglo, con mas exactitud se diría las tinieblas españolas. Si yo hubiera vendido *visuñés*, ú *tupés*, ó cortes de chaleco, mas bien que obras dramáticas sancionadas por el pueblo, sin duda contaría ahora un horroroso capital.

En esta época creí morir de pesadumbre; pero resolví dejarlo para mas adelante. Me dediqué á reir de todo, y muy particularmente de las muchachas: me formé un plan de vida á la española, y comienzo á introducirme en todas partes como por escotillon. Así se me escurrió un lustro sin asomarme el lustre por ningun lado; porque, como buen aprendiz de poeta, trabajaba siempre sin provecho.

Analizadas todas las cosas que puede hallar un hombre en sociedad, encontré muchos amigos asesinos de la honra y opinion agena: muchos estóridos que toman el charlatanismo por empleo: muchas mugeres hermosas y dulcisimas, que dejan recuerdos muy feos y amargos: por cada hombre prudente y callado, vi mil necios y charlatanes: observé que las tertulias grandes y pequeñas se reducían á roerse los huesos unos á otros, con la pepita del alma; y que la sociedad en este pais, no es mas que una baraunda tenebrosa é insoportable: y por último, acabé de convencerme de que el mundo está infestado por el egoismo. Cuando un individuo, haciendo uso del pacto social ó de la amistad, necesita la proteccion de otros para su mejor provecho, habla, insta, pateo, compromete, hostiga, aguija, insiste, aguza, forceja, cor-

re, vá y dice, y alega, y reclama, y predica, y se entusiasma, y hurga, y aprieta á fin de conseguir sus fines; y cuando ya le sopló el fabonio de la fortuna, ó la brisa del favor, vá otro individuo á valerse de él para protector, y le hurga y aprieta mas que él apretó al otro, y entonces dice al que está debajo: el que venga detras que corra, y si no puede alcanzarme que tome un ómnibus. ¡Bravo! ¡bravísimo! Hé aqui lo que mas hay en el mundo; lo único que encontrarás en él, lector misérrimo, si bien analizas y filosofas. Por ende, estoy resuelto á vivir sobre la tierra como Adán, como si estuviera solo en ella, (se entiende con otra Eva) obedeceré los mandamientos de la ley de Dios, particularmente el sexto y el octavo: y puesto que el mundo y yo somos dos cosas tan diferentes y diametralmente opuestas, de modo, que ni él tiene nada que ver conmigo, ni yo con él, viviré en un rincon de zagnan, ó en un desierto, ó en las regiones imaginarias y fosfóricas, ó en donde se acomode mi libre é independiente y santa voluntad; y diciendo siempre: anatema á los charlatanes: maldicion á los egoistas: compasion á los estóridos. Amén. (J. M. Bonilla.)

ECONOMIA DOMESTICA.

POLVOS PARA LIMPIAR LA PLATA.

Se toman dos onzas de cremor tárta-ro; dos de blanco de España, y una de alumbre: se reduce todo á polvos, y se mezclan bien: despues se rocian con vinagre fuerte, se dejan secar, se hace dos veces mas esta operacion de rociarlos con vinagre y secarlos. Hecho esto, se reducen otra vez á polvos, para conservarlos en un frasco ó botella que tenga la embocadura ancha.

Cuando se quiere limpiar alguna pieza de plata, se toma una pequeña porcion de estos polvos; se deslian con agua, y con un cepillito suave se frota cada pieza separadamente: luego se lava con agua, y enjugándola de modo que no conserve nada de humedad, queda tan limpia y con tanto brillo como nueva.

Editor, J. M. BONILLA.

Valencia: Imprenta á cargo de Lluch, plaza del Embajador Vich.